



Giuseppe Bellini

El triste doncel de don Enrique el Doliente

Bastantes años han pasado sin que la novela de Mariano José de Larra, *El Doncel del Don Enrique el Doliente*, llamara la atención de los críticos. La mayoría se contentaba con afirmar, o repetir, que era la mejor novela del Romanticismo, sin detenerse demasiado en su examen. Hasta que recientemente José Luis Varela ha vuelto a estudiar y editar el texto, afirmando decididamente, en su «Introducción», que «Anacronismos, errores y deficiencias de información, además de algún que otro desmayo narrativo -sobre todo en el arranque de *El Doncel*- son incapaces de atenuar la admiración que suscita en nosotros esta larga novela, que contiene muchas páginas escritas con auténtico estro y aun deliberado garbo cervantino, y, por añadidura, redactada a los veinticuatro años en un tiempo inverosímilmente corto»¹.

No es mi intención entrar en polémica con nadie, sino que las afirmaciones anteriormente citadas me han determinado a una nueva lectura de la novela de Larra, hacia el cual, como escritor de artículos de costumbre, va toda mi admiración. Esto quiere decir ya que mantengo decididas reservas en torno al resto de su obra literaria. Y en efecto, vista en su conjunto, la producción creativa de Larra sigue pareciéndome contrastante en cuanto al

nivel artístico. Poeta, dramaturgo, novelista, periodista, indudablemente su permanencia como escritor se funda exclusivamente, me atrevo a decir, en sus artículos.

Como poeta Larra fue absolutamente mediocre, de valor totalmente insignificante. Sus poemas², pocos y de ocasión -algunos ⁶ epigramas, algunas odas anacreóntica, algunas letrillas, un poema de mayor extensión, en endecasílabos, al terremoto de 1829-, no expresan ningún mensaje extraordinario, no manifiestan ninguna sensibilidad especial, no alcanzan ningún valor estético particular. Cuando más, se nos presentan pasables, corrientes como versificación, en general empalagosos por tema, inaguantables por chatura. Lo cual justifica plenamente el juicio dado en su tiempo por un crítico italiano, el cual ponía de relieve que los poemas de Larra son de lo más desleído de todo el Parnaso español³.

Hay que reconocer, sin embargo, que Larra, honradamente, nunca presumió de poeta. El número reducidísimo de sus versos demuestra a las claras que la poesía era para él un ejercicio ocasional y no le atribuía importancia alguna. Mayor empeño puso Larra en la traducción de comedias francesas, que por otra parte era una manera para ganarse el pan diario, siguiendo el gusto público del momento. Y acaso no sea inexacto interpretar como una alusión a sí mismo la descripción amarga que el escritor hace de un autor «escuálido, de todos conocido», de quien se decía que era hombre de mérito y que se había dado a traducir para el teatro «la primera piececilla buena o mala... que lo mismo pagan y cuesta menos»⁴.

A pesar de ello Mariano José de Larra da su contribución creativa también al teatro español⁵, pero el drama Macías tiene valor sólo en cuanto a referencias autobiográficas y como documento, también en este ámbito, de la orientación romántica del autor. La versificación, inspirada en las formas del «Siglo de Oro», amoldada a la de la tragedia neoclásica, queda siempre por debajo de lo mediocre. La experiencia personal del escritor, tan dramáticamente profunda, le hubiera podido dar materia extraordinaria para una gran obra dramática, siempre que Larra hubiese tenido talento como autor de teatro, cosa que, evidentemente, no tenía. Pero tampoco le sirvió su experiencia personal para crear una gran novela en El Doncel de Don Enrique el Doliente, sin ⁷ duda superior, artísticamente, al Macías, por el vivo dramatismo de algunas escenas, más vale bajo el aspecto autobiográfico, debido a las dos figuras centrales, Macías, el mismo Larra, y Elvira, su amante, Dolores Armijo.

Volver a leer El Doncel nos da una sensación curiosa: la de caer en un mundo irreal y muerto. Con ser la mejor de las novelas históricas españolas al estilo de Walter Scott, nos convencemos una vez más que no vale para hacer de su autor un narrador verdadero.

También en este género Larra queda un artista mediocre. Demasiado preocupado por el marco histórico, la experiencia humana del propio Larra se manifiesta en un juego convencional de pasiones que le quita vida al libro, lo hunde por lo general en la monotonía, le da un tono superficial y falso que acaba por aburrir al lector.

Ya desde el punto de vista de la estructura de la novela, Larra revela escasa experiencia y habilidad. El primer capítulo, puramente introductorio, no tiene justificación alguna como capítulo inicial de la novela. Se trata más bien de una larga, prolija introducción general al

argumento. Lo mismo hay que decir con relación al último capítulo de El Doncel, extraño epílogo, donde vuelve a aparecer, después de la muerte trágica de Macías, Elvira, que, enloquecida, va rondando, a distancia de años, en torno a la tumba de su amante. Todo ello le quita vigor dramático a la escena del capítulo anterior, el XXXIX, con la cual hubiera debido concluir eficazmente al texto⁶.

No son éstos los únicos defectos. A lo largo de la novela encontramos toda una serie de caídas de tono, gran inseguridad en el desarrollo. La insistencia con que Larra afirma la veracidad de su historia -verdadero tópico de la novela de este género-, se demuestra realmente superficial e inútil⁷. Inaguantable, además, es lo prolijo de las relaciones con referencia a hechos ya conocidos por el lector⁸. Larra cae, además, en la fácil retórica de las grandezas nobiliarias, a fin de crear un clima histórico más convincente⁹; con el resultado contrario. Énfasis y repeticiones echan a perder numerosas escenas y el habla de sus personajes resulta a menudo desafinada, no corresponde a la categoría, a la clase a que pertenecen, ni a la edad que tienen¹⁰.

A veces, además, Larra parece querer improvisamente, remediar olvidos por demasiado tiempo inadvertidos, como en el caso de la descripción de don Enrique de Villena, que nos sale al paso de repente, en el capítulo sexto. No pocas veces nos encontramos frente a tonos de novela de folletín¹¹, a un ridículo proceder por misterios, con la finalidad de mantener despierta la atención en el lector.

En cuanto a la descripción de los caracteres Larra queda siempre en la superficie; también en el caso de don Enrique de Villena, a cuyo respecto no se decide nunca a salir del contraste que lo caracteriza: entre bien y mal el narrador no sabe qué hacer, dominado, creo, por la admiración literaria hacia el gran escritor medieval, de modo que no se atreve a condenarlo de manera definitiva.

Lo mismo pasa con Macías y con Elvira. El primero se nos presenta más bien como un amante obtuso, insistente, cerrado en sí mismo hasta ser inhumano, sin dimensión profunda en su pasión. Elvira se revela incongruente: ama a su esposo y al mismo tiempo se desvive por el amante, a quien se le revela en su pasión sólo in extremis. Y sin embargo, el episodio amoroso entre Macías y Elvira puede tener valor desde el punto de vista autobiográfico. Parece indudable: Larra quería a su amante con el mismo amor testarudo y obtuso que Macías; un amor insoportable, sin duda, que explica mucho de la conducta de la mujer y, con toda probabilidad, de la misma esposa del escritor.

Si pensamos, además, en el lóbrego epílogo de la novela, si por un lado responde a las exigencias de la trama novelesca, anuncia, visto el desarrollo de la vida de Larra, su trágico fin. Son interesantes las referencias que podemos encontrar, en la novela, relacionadas con el drama del escritor, su vida conyugal, su concepción del amor. En el tercer capítulo Elvira así se expresa a propósito del matrimonio:

«La vida común, en la cual cada nuevo sol ilumina en el consorte un nuevo defecto que la venda de la pasión no nos había permitido ver la víspera en el amante, se opondrá siempre a la duración del amor entre los esposos. En cambio una estimación más sólida y un cariño de otra especie se establecen entre los desposados, y si

ambos tienen alternativamente la deferencia necesaria para vivir felices, podrá no pensarles de haberse enlazado para siempre»12.

Son palabras, éstas, que revelan claramente una experiencia infeliz: aunque es la mujer quien las pronuncia, la opinión es seguramente la de Larra relacionada en su esposa.

En el capítulo veintiuno, cuando el dramático coloquio con Elvira, Macías pronuncia palabras tales de pasión que bien pueden revelar la situación desesperada del mismo Larra, frente a su amante que lo quiere dejar:

«-¿Juzgáis, señora, por ventura, que es lícito mirar a un hombre y elegirle con los ojos entre la multitud para abrasarle impunemente? ¿Creéis que no vale tanto un hombre como una mujer? ¿Imaginasteis que su vida no es nada, que su existencia es vuestra? Vuestra sí, si la compráis; pero con una sola moneda, con la sola moneda que la paga: ¡con amor!»13.

Y nuevamente reveladoras del tormento amoroso las palabras sucesivas del mismo Macías, que tiñen con colores sombríos de tragedia romántica el desarrollo del drama y anuncian de manera evidente la solución cruenta que pocos años después Larra dará a su vida:

«-[...] Yo había nacido para la virtud. Vos me consagráis al crimen. No hay sacrificio inmenso de que no fuera mi corazón capaz, o por mejor decir, el amor era mi constelación. Encontrando en el mundo una mujer heroica era mi destino ser un héroe. Encontrando una mujer pérfida, Macías debía ser un monstruo. Yo os di a elegir, señora. Nuestra felicidad, y el secreto y cuanto vos exigiésteis, o el escándalo y mi muerte. Vos elegisteis lo peor. Escrito estaba así. ¡Muerte y fatalidad!»14.

Y más adelante:

«- Sí: todo es ya acabado entre nosotros. Nuestra felicidad ha sido una borrasca: formada como el rayo en la región del fuego, debía destruir cuanto tocara. Ha pasado como el rayo, pero como el rayo ha dejado la horrible huella de su funesto paso. Tu amor, tu amor, ¿quién lo creyera?, era el único que no debía dejar más señales de su existencia en tu corazón de hielo, que las que deja el ave que atraviesa rápidamente el cielo, que las que deja sobre tu labio abrasador este ósculo de muerte, que recibes, bien mío, a tu pesar.

[...]

-Y mil y mil, añadió frenético Macías, prendas son todos de nuestra próxima muerte. Ellos son, Elvira, la agonía del amor. ¿No sientes el fuego inmenso que encienden en las venas? ¿No percibes el tósigo? Bórralos jamás, olvídalos si puedes, y olvídamme después. Venga la

muerte ahora...»15.

El Doncel se edita en cuatro tomitos entre enero y marzo de 1834 y el suicidio de Larra ocurre en febrero de 1837. No cabe duda de que en el escritor la crisis había empezado temprano y la novela es ya un testigo fiel.

Quizás haya insistido demasiado en valorar El Doncel como documento de interpretación autobiográfica. Creo, sinceramente, que éste es su verdadero, y acaso único valor. Como novelista Larra guarda un extraordinario contacto con el crítico de las costumbres. Nunca olvida que es hombre de su tiempo. La novela histórica, aunque ambientada en la época sombría de don Enrique el Doliente, presenta continuas, aunque rápidas, alusiones al presente en clave crítica. Es otro aspecto interesante del libro. Ya en el prólogo, o sea desde el primer capítulo, Larra se expresa críticamente con relación al siglo en el que ha puesto la acción de la novela y lo define bárbaro y sanguinario, movido por ideales que, como el culto del honor y la lucha contra los infieles, se manifiestan en hechos cruentos. No desconoce, sin embargo, el valor de algunas «virtudes ideales que no son por cierto de nuestros días»16. Estas «virtudes ideales» son el amor, «el rendimiento a las damas, el pundonor caballeresco, la irritabilidad contra las injurias, el valor contra el enemigo, el celo ardiente de la religión y de la patria, llevado el primero alguna vez hasta la superstición, y el segundo hasta la odiosidad contra el que nació en suelo apartado; [...]»17. 11 La crítica no falta, como se ve, en nombre de sentimientos más humanos; pero estas «virtudes» no dejan de tener un verdadero atractivo sobre el escritor, pues faltan en el mundo en el cual él vive, y

«si no son prendas todas las más adecuadas al cristianismo, no dejan por eso de tener su lado hermoso por donde contemplarlas y aun su utilidad manifiesta, dado sobre todo el dato del orden de cosas entonces establecido, las hacía tan necesarias como deslumbradoras»18.

Conociendo a Larra podemos interpretar estas últimas palabras también como un asomo de ironía,; que seguramente está presente cuando, en las primeras líneas de la novela, tratando de los tiempos pasados, comparados con la seguridad del presente, alude a la «seguridad individual que en el día casi nos garantizan nuestras ilustradas legislaciones»19. El recuerdo del lector corre inmediatamente al conocido artículo «Nadie pase sin hablar al portero», muestra concreta de dicha seguridad.

Una nota amarga, que revela rechazo de una masa incapaz de ejercer su propio juicio, la encontramos en el capítulo diez y nueve, cuando tratando de las cualidades de instinto y fuerza de don Luis de Guzmán, enemigo de don Enrique de Villena, Larra así se expresa:

«[...] era don Luis hombre positivo y que no hubiera hecho mal papel en el siglo XIX. En esta candorosa ignorancia, y con la fuerza de su

brazo, consistía su popularidad, porque entonces como ahora se pagaba y paga la multitud de las cualidades que le son análogas, y que le es más fácil tener»²⁰.

Son todos motivos interesantes, que merece la pena subrayar, pero que no son suficientes para dar a El Doncel la categoría de una obra de arte plenamente lograda. A la novela le falta esencialmente respiro; su examen nos lleva nuevamente a la conclusión de que Larra era, evidentemente, incapaz de una narración de gran extensión. No es una crítica: es una constatación. Él era, esencialmente, el artista de la narración breve, el inventor, el observador, captador como sea de un momento característico, rápido, de la escena humana, en cuya representación infunde la vida de su protesta, la sátira, el humor.

12

Sin embargo El Doncel de Don Enrique el Doliente llena la función de anuncio y conexión con el período más trágico de la vida de Larra, el de los años 1836-37. En 1836 se define y concluye la crisis que dominó tiránicamente la vida del escritor, y en febrero de 1837, como hemos dicho, Larra se suicida. Muchos son los motivos que lo llevan a esta decisión. Los críticos se han ocupado de localizarlos, con éxito vario, siempre dudoso. Seguramente contribuyeron elementos negativos de orden afectivo: desilusión amorosa, desencanto político, el agudizarse consiguiente de un pesimismo radical, un descontento de sí mismo. Situación que los escritores de la «Generación del '98» considerarán simbólica y precursora, así como la pasión del hombre por el porvenir de España.

Los artículos que Larra escribe en el período 1836-37 presentan, agudizado, el mismo clima que El Doncel de Don Enrique el Doliente. La situación política en el país era catastrófica²¹. Lomba y Pedraja habla, con razón, de una «hiel que se derrama de los últimos artículos»²². En los últimos tiempos Larra se ocupa cada vez menos de política, refleja más, en sus escritos, su derrota personal. El dos de noviembre de 1836 publica el artículo «Día de difuntos de 1836» que, con «La Nochebuena de 1836», del 26 de diciembre, y la «Necrología. Exequias del Conde de Campo Alange», del 16 de enero de 1837, constituye lo más desolado, lo más artísticamente valedero que ha salido de la pluma de este escritor²³.

Cuando escribe «El día de difuntos», la crisis del Larra es completa, insuperable ya. Ciertamente este artículo es el más vivo de la literatura romántica española, fruto de un gran temperamento artístico ya plenamente romántico, preocupado sinceramente por la patria y su futuro, por la vida y el misterio de su destino. Documento que tiene un enorme valor humano, además de artístico. Nunca Larra escribió páginas más ceñidas y significativas, más sinceras, dando únicamente salida a su dolor y a su pesimismo. Compuso así la que podríamos definir la elegía de la España del primer Ochocientos, de sus hombres y sus instituciones, y la elegía de sí mismo, piedra tumbal sobre toda esperanza. En «El día de difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio» se respira un aire severo y solemne de muerte. La muerte reina soberana, escarmentando en torno a la

vanidad de las cosas. La misma emoción que las ruinas de Mérida habían despertado un tiempo en Larra, se repite y acentúa, a sabiendas de que la muerte, la nada, son la única realidad de la vida. La repetición obsesiva de un «Aquí yace» de pesadilla, muestra su parecido con el lejano ejemplo de los Sueños de Quevedo -autor tan presente en Larra- y las danzas de la muerte medievales, mientras crece en torno el silencio y todo se transforma en un inmenso cementerio, incluso el corazón del escritor:

«Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos. ¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! ¡Aquí yace la esperanza! ¡Silencio, silencio!»²⁴.

El mismo clima se repite en «La Nochebuena de 1836», donde, en un «delirio filosófico», un criado examina severamente la vida de su dueño, Larra. Ya no hay aquí grandeza elegiaca, sino sólo ideas e imágenes que delatan desaliento, desilusión, pena que el frío del mundo exterior va adensando en la intimidad del hombre. La «Necrología. Exequias del Conde de Campo Alange», es la declaración final de la inutilidad de toda una vida. La misma crítica a Los amantes de Teruel, que Larra publica el día 22 de enero del 1837, mucho revela de su tormento interior, del abismo de desolación en que había caído²⁵.

14

Todo esto, yo creo, tiene una conexión profunda con El Doncel de don Enrique el Doliente, y contribuye a dar a esta novela, a pesar de sus muchos defectos, un significado precursor de gran relieve. En esta clave podemos volver a leerla y hasta encontramos en ella un interés que aisladamente no nos presenta. Saliendo así, concretamente, del olor a viejo que tanto nos embarga y nos detiene en la lectura. Lo irreal de las situaciones cobra, de repente, una existencia vibrante, como drama de un hombre verdadero. El triste y doliente doncel se hace criatura viva.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

